

El libro transfigurado



Fernando Cruz Quintana
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

El presente artículo reflexiona sobre el objeto libro, en torno a su materialidad, su funcionalidad y sus distintas transfiguraciones históricas. En una primera parte rastrea qué condiciones previas se necesitan para poder escribir, leer y crear libros. Posteriormente, realiza un breve repaso sobre la transición del libro manuscrito hacia el impreso, al tiempo que reflexiona sobre su materialidad y utilidad. Finalmente, explora cuál es el lugar y la forma de los libros en la llamada era digital y cuáles son las implicaciones de la coexistencia entre los libros impresos y los electrónicos.

Palabras clave

Libro, escritura, lectura, libro electrónico, digitalización.

Abstract

This article discusses the book as an object considering its materiality, its functionality and its different historical transfigurations. The first part of this essay traces the preconditions needed to write, read, and create books. Subsequently, we will do a brief review of the transition from manuscript to printed book, while reflecting on their materiality and utility. Finally, we will explore the places and forms of books in the so-called digital era and which are the implications of the coexistence between print and electronic books.

Key words

Book, writing, reading, e-book, digitalization.

Introducción

El libro es acaso el mayor símbolo de la civilización: cónclave del trabajo intelectual y material, define como pocas cosas la esencia de la humanidad. Lo sentimos tan próximo, tan cotidiano y a la vez tan ajeno; es el mejor recurso para dar cuenta de nuestro paso efímero —pero ya prolongado— por la existencia. Su tamaño, pequeño en comparación con la de muchos de los productos del hombre, nos abre las puertas a mundos insospechados o nos regresa la mirada sobre lo mismo que nosotros constituimos.

Dependiendo de la óptica con la que se mire, el libro puede parecernos algo inofensivo, un elemento revolucionario e intelectual, o una de las armas más peligrosas que el hombre pudiera desarrollar nunca. Ernesto de la Torre Villar apunta:

El libro, medio y forma más precisa y perfecta por los cuales el pensamiento humano a través de la escritura se conserva y transmite entre los hombres, es a la vez defensa y amenaza. Defensa de la inteligencia, del espíritu, de la capacidad de los seres racionales para expresar su pensamiento, sus ideas preñadas de emociones, de intelecciones explicativas del propio hombre y de su mundo circundante, de juicios en torno de la conducta propia y ajena, y del pensar particular y de los demás, todo lo cual contiene. Amenaza para quien trata de limitar el pensamiento y su expresión, para quien teme el enjuiciamiento de una conducta reprochable o la condenación de bastardos intereses. Defensa del hombre en su calidad esencial y amenaza contra quien o quienes por cualquier razón se oponen al desarrollo completo e integral de las cualidades humanas.¹

1

Ernesto de la Torre Villar, *Elogio y defensa del libro*, p. 13.

Reflejo nuestro, pues, por la asombrosa capacidad para explicar al hombre y a su existencia por medio de la escritura, el libro ha mostrado una insospechada capacidad para transfigurarse que le ha permitido transitar de las primeras palabras escritas del último mono —¿o el primer hombre?— hasta el tiempo de la sociedad de la información, en donde las tecnologías electrónicas lo han acogido y vuelto a transformar.

¿Cuáles han sido los derroteros de este objeto tan peculiar y qué puertas ha abierto en el tema del desarrollo de la humanidad? ¿Qué condiciones nos exige el libro para ser utilizado? ¿Cuál será su tránsito en adelante? Las respuestas a estas cuestiones tratarán de ser abordadas en reflexiones del manuscrito, la impresión y la digitalización de los contenidos que tienen que ver con la palabra escrita.

De la oralidad a la escritura

Los estudiosos del pasado de la humanidad señalan que el inicio de la historia coincide con la invención de la escritura; el periodo previo a la representación gráfica de los idiomas se conoce como prehistoria y se puede acceder a él sólo por medio de un testimonio material, que son los vestigios naturales de nuestro planeta. Dada nuestra condición humana de estar condenados a vivir siempre en el presente, estamos incapacitados para viajar en el tiempo hacia atrás o hacia delante. No obstante esta imposibilidad, la memoria nos permite acceder a aquello que ha dejado de ser, así como la imaginación nos revela los posibles escenarios de lo que habrá de venir.

Si una de las tantas funciones de nuestro cerebro nos da la posibilidad de recuperar nuestras vivencias a manera de evocaciones, no es gracias a éste órgano que podemos compartir con alguien más lo vivido desde nuestra individualidad —“nadie experimenta en cabeza ajena” dice un famoso dicho popular—. Para lo anterior es necesario que se dé la comunicación oral a través de la creación y utilización de una lengua.

¿Qué implica la invención de un idioma? Partamos del hecho de aceptar que toda lengua es resultado de una convención social que permite asociar —de manera arbitraria como señalara Ferdinand de Saussure— dos elementos que no tienen nada en común: sonidos con conceptos o ideas. Gracias a posibilidad de poder nombrar la existencia y a todos los elementos que contiene, se suscita la comprensión entre iguales y la vida del hombre puede dar el salto cualitativo de la individualidad hacia la comunidad. En un ejercicio poético y metalingüístico, Octavio Paz nos revela la importancia que la palabra tiene para la humanidad:

La palabra es el hombre mismo. Estamos hechos de palabras. Ellas son nuestra única realidad o, al menos, el único testimonio de nuestra realidad. No hay pensamiento sin lenguaje, ni tampoco objeto de conocimiento: lo primero que hace el hombre frente a una realidad desconocida es nombrarla, bautizarla. Lo que ignoramos es lo innombrado. Todo aprendizaje principia como enseñanza de los verdaderos nombres de las cosas y termina con la revelación de la palabra-llave que nos abrirá las puertas del saber. O con la confesión de la ignorancia: el silencio.²

Ahora bien, reconocemos entonces dos vías para regresar sobre lo ya concluido: de manera individual por su memoria —y entonces sólo se comprende el pasado que nos ha tocado vivir—, y de manera colectiva por el relato oral, que nos permite conocer la experiencia de vida de alguien más.

Parecería entonces que la oralidad debiera ser la única condición para hablar de la historia, pero quienes practican esta disciplina de estudio —la Historia— hablan de la escritura como el verdadero requisito a cumplir. La razón es simple: la tradición oral es imprecisa y es más susceptible a perderse en el olvido y en la desmemoria; la redacción, en cambio, ofrece la fijación de las palabras y permite que éstas —junto con aquello que tienen que decir— perduren durante el tiempo.

No es pretensión de este artículo hablar con certeza sobre el momento preciso y sobre todas las culturas que desarrollaron una escritura, ejemplos de cómo el hombre dio cuenta escrita o gráfica de su existencia hay muchos; más conveniente resulta hablar de las implicaciones que esta práctica trae consigo.

Reconozcamos en la escritura a uno de los índices del avance de una civilización: quienes pueden realizar esta práctica es porque han podido acordar la manera en cómo nombrarán al mundo y además han inventado grafías que pueden hacer corresponder con su expresión. No está por demás decir que esta maravilla de los idiomas permite hacer referencia tanto a cosas materiales —como cuando se le dice “perro” a un perro—, como a las inmateriales —cuando se habla de la idea del “amor” o el concepto de “libertad”—. ¡Qué grado de complejidad debe

de presentar aquel idioma que regresa sobre sí mismo y crea la palabra que designa al concepto de “palabra”!

Dejando de lado el asombro y más allá de los indicios de desarrollo que una lengua nos permite ver en las culturas que pueden redactar su propia historia, hablemos ahora de la función de la escritura —y su correlativa lectura— por medio de un ejercicio práctico. Léase el siguiente relato.

Según Platón (en *Fedro*) cuando Hermes, el inventor de la escritura, presentó su invención al Faraón Tamus, éste le alabó su nueva técnica que se suponía que iba a permitir a los seres humanos recordar lo que de otro modo olvidarían. Pero el Faraón no estaba satisfecho. “Mi hábil Theut, dijo, la memoria es un gran don que se debe mantener vivo entrenándolo continuamente. Con tu invención la gente ya no se preocupará por entrenar la memoria. Se acordarán de las cosas no por un esfuerzo interno, sino por la simple virtud de un mecanismo externo”. Podemos entender la preocupación del Faraón. La escritura, como cualquier otro mecanismo tecnológico, habría debilitado la facultad humana a la que substituyó y reforzó —de la misma manera que los coches nos hacen menos capaces de caminar—. La escritura era peligrosa porque disminuía los poderes de la mente ofreciéndoles a los seres humanos un alma petrificada, una caricatura de la mente, una memoria mineral.³

¿Quién le habla a usted, lector, en el texto anterior? ¿Soy yo quien redactó este artículo? ¿Es Umberto Eco, de quien tomo la cita? ¿Es Platón, en *Fedro*, de donde a su vez Eco recoge la anécdota? ¿O es el Faraón, quién expresa a Hermes su temor ante el peligro que traía consigo la escritura? Dijimos que haríamos un ejercicio práctico; es éste. Nótese el poder que tiene la palabra escrita: ha atravesado distintos periodos históricos y ha sobre-

vivido a, por lo menos, dos procesos de traducción, no obstante aún carga consigo los significados que capturaba desde la primera vez que fueron emitidos por el Faraón.

Lejos de atrofiar la capacidad de la memoria, la escritura ha permitido que la acumulación del conocimiento pueda multiplicarse y resguardarse de manera silenciosa en las páginas de los soportes que las contienen. Si bien es cierto que existen obras que no contienen ninguna palabra y que no por eso dejamos de considerarlos como libros, reconozcamos que el contenido predilecto de este tipo de objetos sí se expresa a manera de vocablos.

El objeto libro

En un artículo (importante decir que aparece en un libro publicado) donde habla sobre la concepción de aquello que es un libro, Jaime Labastida, director de la Academia Mexicana de la Lengua, comienza preguntándose y reflexionando: “¿Qué es un libro? La respuesta, obvia, parece resplandecer por sí sola. Un libro es, no cabe duda, *esto, lo que tengo aquí en las manos*. Sin embargo, tampoco cabe duda de que tal respuesta se levanta apenas sobre el primer sistema de señales, el que nos muestra, con el índice, el objeto por el que se pregunta: *esto*.”⁴

Es cierto: difícilmente alguien tendría complicaciones en poder reconocer un libro y en saber para qué se utiliza. No obstante, tratar de explicar por medio de palabras, y con la mayor

4

Jaime Labastida, *El universo del español, el español del universo*, p. 45.

claridad posible, qué es este objeto/tecnología es una tarea más compleja que sencilla. En el ejercicio de definición ¿qué factor es más importante a la hora especificar su esencia? ¿Su función? ¿Su cualidad material? ¿Ambas?

Probablemente, el sentido común nos llevaría a muchos de nosotros a hablar del libro a partir de su condición de objeto elaborado de páginas de papel, en las que tiene palabras impresas o manuscritas. Esta noción cotidiana, no obstante, es imprecisa y limitante.

Son famosas, por imprecisas o ambiguas, las explicaciones que nuestra Real Academia Española de la lengua (RAE) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación Ciencia y Cultura (Unesco) dan, cada una, sobre qué es un libro. Para la máxima autoridad de nuestro idioma, “libro”, además de ser la conjugación en primera persona y en presente indicativo del verbo “librar”, es:

1.- Conjunto de hojas de papel manuscritas o impresas que, cosidas o encuadernadas, forman un volumen.

2.- Obra científica o literaria de bastante extensión para formar un volumen:

libro de matemáticas.

3.- Cada una de las partes en que suelen dividirse las obras científicas o literarias y los códigos o leyes de gran extensión.

Parece ser el papel y el volumen —impreciso— que éste puede generar cuando se presenta en cantidades superiores a uno, lo que precisa al objeto que intentamos definir. Esta explicación es tan práctica como decir que un coche es un conjunto de fierros

que, ensamblados, forman volumen. La Unesco, con arrojo y en un intento por superar la indeterminación, recurre a la más extraña arbitrariedad: “Una publicación impresa no periódica que consta como mínimo de 49 páginas, sin contar las de la cubierta”.⁵ El propio autor de quien tomamos esta explicación aclara que el número de 49 páginas tenía sólo un propósito de “normalización estadística”. Más interesante resulta la idea de distinguirlos por la no periodicidad que distingue a estos objetos de las revistas o de los diarios. Un libro, entonces, es un evento de presencia imprevisible en el tiempo.⁶

La revisión etimológica de las palabras asociadas a libro refiere también el aspecto material del objeto libro. El vocablo latín *liber* designaba a la entretela que se halla entre el tronco y la corteza, con lo que se hacía lo que ahora llamamos papel.⁷ Por otra parte, *Biblos* es el nombre de una ciudad Libanesa donde se encuentra el “papiro”, que es una planta acuática de la que se obtiene un material homónimo, donde posteriormente se puede escribir. No obstante conocer la raíz etimológica de la palabra, insistimos en que hablar de un libro sólo con base en sus características físicas muestra poco o nada de su grandeza.

Así como reconocimos la amplia predilección de la palabra escrita como expresión principal del libro, reconozcamos entonces a la página de papel como el soporte favorito en que se suelen contener sus mensaje a transmitir. Hablamos de elecciones antes que imposiciones: un libro podrá no estar elaborado

5 Emile Delavenay, *La Unesco y su programa por el libro*, p. 9.

6 Para una revisión de distintas definiciones del libro, véase: Ana Elisa Ribero, “Definiciones del libro qué (no) es un libro”.

7 Jaime Labastida, *El universo del español, el español del universo*, p. 45.

a partir de hojas, como sucede con los electrónicos, y podrá no contener símbolos gráficos, como pudiera ser uno de dibujos para niños.

Si retomamos el relato histórico que detuvimos en el primer apartado de este artículo cuando hablamos de la escritura, diremos ahora que el primer paso para la creación de los libros fue la técnica de escritura manuscrita, que permitía plasmar ideas complejas y articuladas que necesitaban más de sólo una hoja para ser redactadas. Pero ¿quiénes sabían escribir y leer, y quiénes lo hacían con regularidad?

En la historia de Occidente, corresponde a la tradición monástica el lugar donde mayormente se practicaba la escritura y la lectura, aunque sólo por medio de unas cuantas personas. Los escribas cumplían con distintas labores administrativas y además con la práctica de transcribir a mano los textos de las enseñanzas religiosas o de relatos de vida. Pero, más allá de contar una historia completa y detallada de este proceso,⁸ destáquense dos cuestiones que distanciaban a los libros de la gente: primero, la escritura y la lectura de libros solicitaba de un proceso de alfabetización mucho más complejo que el de la simple imitación de sonidos que hacemos cuando aprendemos a hablar; y segundo, y las temáticas principales contenidas en estos objetos era de corte religioso.

Los sacerdotes que tenían acceso a la lectura de las obras religiosas eran los encargados de extraer el contenido de las obras

8

Para una revisión minuciosa y detallada de los procesos históricos que conformaron la concepción actual del libro, véase la obra: Lucien Febvre y Henri Jean Martin, *La aparición del libro*.

para poder acercarlas a los feligreses, a la gente que no las podía leer puesto que no sabía hacerlo ni tenía tampoco acceso a los libros. Umberto Eco⁹ observa una similitud de este proceso de mediación con lo que sucede hoy día entre los medios de comunicación y las personas. No es lo mismo acceder a la expresión directa de los individuos —Dios y sus palabras incluidas—, que ser testigos de la interpretación de lo dicho.

Visto lo anterior, comprendemos que no es casualidad que a los sacerdotes —quienes leían y poseían muchos libros— se les conciba comúnmente como personas con mucha sapiencia, de la misma manera que tanto la escritura como la lectura se asocian como cualidades propias de personas eruditas. Si mucho leemos, provocamos el eco de alguien más en nuestra mente, y corremos el hermoso riesgo de aprender algo más respecto del mundo.

La reproductibilidad técnica del libro

Gutenberg y su imprenta permitieron la masificación del libro al facilitar la manera en que éste se reproducía. En términos bejaminianos, diríamos que es él quien permite su reproductibilidad técnica en un mundo dominado por el manuscrito y la distribución poco democrática de las obras de la humanidad. Para continuar con la analogía con la Escuela de Frankfurt, diremos que la pérdida del “aura” de las obras hechas a mano en la impresión de los libros significa sólo el quebranto de la forma y no del contenido. Quizá la literatura sea la única de las artes

9

Umberto Eco, “De Gutenberg a internet”, pp. 49-64.

de las que esto se puede decir; pocos son los libros, y los hay, en los que su forma es tanto o más importante que aquellos significados que resguardan.

Regresemos con la idea de masificación de las obras. Para los académicos australianos Bill Cope y Mary Kalantzis, la revolución que en su momento supuso la imprenta se extiende más allá de los beneficios de multiplicación de los libros:

En realidad, la cosa que marcó al mundo del trabajo que hizo Gutenberg no fue inventar el libro en su forma moderna, tanto como inventar dos aspectos fundamentales de la manufactura moderna (y, por tanto, de otra manera tal vez más importante, pero menos inmediatamente reconocible, el moderno mundo). El primero fue la idea de que se podía hacer frente a la complejidad por medio de la modularización. En lugar de tener que hacer las cosas enteras a mano —un bloque de madera tallado a mano para imprimir, por ejemplo, o la página de un libro hecho por un escriba— fue posible masificar la manufactura y ensamblar las piezas que la componen. [...] La segunda gran idea de manufactura de Gutenberg fue la producción en masa.¹⁰

Signo inequívoco de la transición hacia la modernidad fue el hecho de que el primer libro en ser impreso haya sido la Biblia. Si bien es cierto que el perfeccionamiento del proceso de impresión (y el ejemplo de modularización que imitaran otros pro-

10 Bill Cope y Mary Kalantzis, "New Technologies, globalization and the future of book", pp. 191-192. "Actually, the world-defining thing that Gutenberg did was not to invent the book in its modern form, so much as to invent two fundamental aspects of modern manufacturing (and thus, in another perhaps more important but less immediately recognizable way, the modern world). The first was the idea that you could tackle complexity by modularization. Rather than having to make whole things by hand —a hand carved wood-block to be printed, for instance, or the page of a scribed book— it was possible to mass manufacture and assemble the component parts.[...] Gutenberg's second great manufacturing idea was mass production." La traducción es mía.

cesos industriales) no fue un hecho inmediato, a medio paso entre la tradición y el futuro, este trabajo habría de solucionar la demanda de libros cada vez más creciente en la comunidad europea. Todo buen lector sabe que leer no colma, sino hace desear más lectura.

La imprenta no sólo fue importante para los libros, sino también para cualquier actividad que implicara la lectura como forma de consumo. Las revistas, los diarios, los folletos, etc. son hijos del trabajo de esta invención, pero guardan una distancia temporal con respecto del objeto protagonista de este artículo: la periodicidad.

A diferencia de la cotidiana aparición de los periódicos, que nos hablan de nuestro día a día, o de las revistas que con un ritmo más pausado (semanas, quincenas, meses, trimestres, etc.) se ofrecen para ser leídas, los libros —nunca calendarizados— esperan el momento justo de su conclusión. Si refiriéramos el negocio de los libros hoy día, habría que mencionar que previamente a la labor mecánica de la impresión, los textos transitan por un proceso editorial y otro de diseño, que invariablemente perfecciona la forma de las obras escritas.¹¹

Por todo lo anterior, una de las transfiguraciones más fuertes que el libro ha experimentado a lo largo de su historia es ésta introducida por la imprenta: de ser una actividad manual, casi artesanal, a convertirse en un procedimiento que poco a poco habría de ser industrial; el libro se masificó y se convirtió, bajo una óptica capitalista de análisis, en una mercancía más.

11

Angus Phillips, "Where is the value in publishing?", pp. 18-19.

El libro-mercancía es el resultado de la labor de un industria –en este caso la industria librera o editorial–, pero es un tipo de producción especial que hemos convenido en llamar, gracias a Adorno y Horkheimer, “producto cultural”. La asignación de su valor parece ser la más arbitraria de sus actividades si se mira el procedimiento que, *grosso modo*, implica el trabajo del autor, el editor y el diseñador, además del almacenaje y la distribución del mismo. Fáciles de determinar son los costes de almacén, pero cómo se mide el valor económico del trabajo de un autor, aquello que Marx llamaba el “tiempo de trabajo socialmente necesario”, ¿por las horas exactas que le llevó escribirlo? ¿Por el tiempo que tardó en idearlo? ¿Por la originalidad de su contenido?

Las preguntas anteriores nos permiten retomar la reflexión sobre aquello que es un libro. Ya hemos visto que puede ser comprendido como un soporte de contenido, regularmente escrito; también como las ideas que están inmersas en ese contenedor que, normalmente, es de papel; ahora también debemos aceptar que un libro es además una mercancía que se vende y se “consume”,¹² y que ello no anula la función del objeto de transportar las ideas de alguien más hasta la persona que lee.

Si bien el libro tuvo algunas otras transfiguraciones posteriores a la imprenta, éstas significaron sólo un ajuste en la concepción del libro-mercancía,¹³ como puede ser el caso de

12 Y hablamos de “consumo” entre comillas, pues este consumo no es tal y el libro no se agota o se extingue como pudiera indicar la palabra. Afortunadamente, la experiencia de extraer el contenido de la escritura no concluye al objeto.

13 Reconocemos la existencia de libros que en ningún momento pretenden ser mercancía, tal es el caso de los trabajos artísticos en donde el proceso de manufactura se aleja de los estándares industriales; o los ejercicios de

la adición del color, la incorporación de las imágenes, la utilización de partes desprendibles, o muchos ejemplos más. Ninguna de estas características supone un cambio tan fuerte como el que se daría con la incorporación de una labor digital en la producción de un libro.

El libro en la era digital

Sin pretender adoptar una postura maniquea en torno al impacto que la digitalización ha tenido en la vida del hombre, reconozcamos su presencia múltiple en distintos ámbitos de la cotidianidad. Por citar sólo algunos ejemplos, desde la comunicación oral que se realiza por medio de un teléfono celular, pasando por la visualización de televisión o filmes, o incluso en las transacciones bancarias y el resguardo de nuestros bienes económicos, todo está mediado de una u otra manera por la intervención de un procesador de instrucciones de computadora que utiliza un sistema binario de codificación. Los libros y la producción de éstos no son la excepción que valida la regla de “todo esta permeado por la digitalización”.

Cuando se tratan cuestiones de digitalización ligadas a temas editoriales, se comete el error de pensar inmediatamente en los libros electrónicos como la única implicación: el trabajo editorial opera en un ambiente digital desde hace décadas.

investigación académica que, esos sí, invariablemente se imprimen en los mismos formatos que un libro estándar.

Experta en los temas de digitalización y su vínculo con el mundo editorial, Franía Hall reconoce al menos cuatro procesos que han permitido avanzar en la edición digital: la composición tipográfica, los procesadores de texto, la publicación de escritorio (DTP, por sus siglas en inglés) y el avance en las bases de datos.¹⁴ Todas estas cuestiones incluyen la incorporación de un procesador computacional que permite ya sea ordenar los tipos, trabajar el texto para verlo y editarlo en la pantalla de un ordenador, montar y editar la página que después será impresa, y finalmente almacenar el producto de toda la labor previa.

Para darnos una idea de la importancia de la digitalización en el rubro de la escritura, haga el ejercicio de pensar en mecanografiar por completo el libro más extenso que tenga en su casa. ¡¿Imagina la labor que le pudo costar a alguien tal tarea?! Hoy en día, y para comodidad de los escritores, los originales se entregan a las editoriales o imprentas en archivos digitales para su trabajo posterior. Esta nueva era de influencia computacional se ha caracterizado por inmaterializar gran parte de la labor editorial.

Aunados a la inclusión de la digitalización en el trabajo de impresión de los libros, existe otra vertiente de trasfiguración que ha trasladado el contenido de las obras hacia nuevos tipos de soporte nunca antes utilizados: los libros digitales.

Si tratamos de adecuar las definiciones de libro de la RAE o la Unesco, caemos en divertidas complicaciones: desde luego no podemos hablar de volumen de páginas en algo que no lo tiene.

Los libros electrónicos tienen la ilusión de páginas que avanzan en una pantalla, pero éstas son inmateriales (o sea, no son, no existen); la única materialidad es la del soporte que los reproduce. Rosalba Cruz y Carmen Frangano, apuntan en el sentido anterior:

El libro digital adopta como nuevo soporte una pantalla con luz, ya sea de computadora, tableta o celular; sin embargo, todavía no encuentra el formato que habrá de tomar, pues aún trata de emular el formato del libro impreso. Y si bien se han incorporado recursos propios del medio digital, tales como hiperenlaces y multimedia, seguimos encontrando en mayor medida la emulación del libro en papel.¹⁵

Los libros digitales implican la conversión del texto a un tipo de archivo digital que puede ser reproducido por algún dispositivo electrónico. Es importante aclarar que existen muchos tipos de formatos digitales que son susceptibles de mostrar texto en pantallas de dispositivos electrónicos, pero podemos reconocer, al menos con una óptica comercial, que los principales son el PDF, el Epub y las llamadas “apps” o “aplicaciones” que permiten una pluralidad de usos multimedia.

La urgencia con la que esta nueva transfiguración del libro intenta asemejarse a la previa forma impresa (ilusión de páginas, inclusión de textos escritos, lectura lineal, etc.) nos recuerda la experiencia del primer cine de ficción, que tuvo en el teatro y en su puesta en escena su inspiración para contar historias: todo sucedía en un plano, sin movimientos de cámara. Por fortuna, la

15

Rosalba Cruz y Carmen Frangano, “La nueva era del libro: cambios y permanencias”.

cinematografía se daría cuenta de su auto restricción y comenzaría a distanciarse y a explotar lo que de suyo le era propio: la posibilidad de una múltiple perspectiva gracias a la movilidad de la cámara, entre muchas otras cosas. ¿No será éste el caso del libro electrónico? ¿No será ocioso el ejercicio de querer ser algo pasado en el presente?

Del PDF a los Epubs y las aplicaciones, el libro electrónico se ha distanciado poco a poco, y ligeramente ha comenzado a explorar terrenos que anteriormente se consideraban como propios de otros medios expresivos, ¿pero es tal esta transfiguración que implicará una nueva funcionalidad para el libro? No olvidemos la utilidad de transportar las ideas de alguien más hacia nuestro pensamiento; eso parece seguir estando intacto e, incluso, mejorado. Ernesto de la Torre Villar, sin estar al tanto de la actualidad de los libros electrónicos en 2014, reflexionaba en torno al significado del libro, independientemente del tipo de soporte del que estemos hablando:

Los nuevos inventos no serán otra cosa sino medios diversos de transmitir el pensamiento de uno a muchos, pero no será el medio de expresión el que valga, pese a sus perfecciones técnicas y alcances como medios difusores, sino el pensamiento humano, antiguo o reciente, que contenga. Será el contenido espiritual el que siga valiendo y las ideas de Platón, Séneca, de Marx, de Cristo o de Confucio, valdrán por sí mismas, y no porque se contengan en milímetros de una cinta que puede proyectarse y ser escuchada por millones de seres a la vez. Los nuevos medios de difusión masiva, más perfeccionados, seguirán llevando a todos los hombres las ideas elaboradas por otros hombres, las cuales portan en sí mismas su propia validez. Un pensamiento surgido y expresado, una idea expuesta en circulación lleva en sí tal peso que puede transformar a la sociedad entera, y su paternidad en muchas ocasiones no es aplicable a un

ente particular y concreto, sino a una colectividad completa, a una cultura.¹⁶

Si bien es cierto que la transfiguración del libro que se lleva a cabo en estos días nos invita a pensar en el objeto como algo maleable en busca de su nueva forma, también es un error pensar que no hay grandes consensos sobre cómo comprender estos productos y cómo comercializarlos. “Hoy la noción de libro electrónico se observa cada vez más estable y sustentada en bases reales. Cada vez se piensa más en ese texto análogo al libro impreso, que se despliega en forma digital a través de un dispositivo de lectura.”¹⁷

A modo de conclusión conviene recordar las condiciones necesarias para la lectura, de las que se habló al principio de este artículo, y compararlas con las nuevas necesidades que los libros digitales acarrearán. Si antes se habló de la alfabetización como condición necesaria para poder leer, aceptemos que actualmente necesitamos de una doble alfabetización: la que nos permite comprender un texto escrito y la que nos abre las puertas de la tecnología y nos permite apropiarnos de ella por medio del uso.

Es importante también hacer notar que, al menos hoy día (2014), en la gran mayoría de los países del orbe, el acceso a la tecnología supone, de entrada, una barrera económica que puede excluir a grandes sectores de la población mundial de la experiencia de lectura digital, tal y como en la edad media se

16
17

Ernesto de la Torre Villar, *Elogio y defensa del libro*, p. 25
Georgina Araceli Torres Vargas, *La biblioteca digital*. p. 8

imposibilitaba a los individuos de acceder a los libros resguardados por iglesias y monasterios. Creemos que “el modelo del libro impreso sirve como base para estructurar el electrónico, por lo que su distinción radica más en su soporte físico y menos en la estructura intelectual que presenta, aunque este último aspecto no se ha descartado por completo”.¹⁸

El umbral hacia una nueva transfiguración del libro se ha pasado, y estamos a la expectativa de saber en qué cosas más devendrá y cuáles serán las implicaciones de ello en el desarrollo de la humanidad.

¹⁸

Idem.

Bibliografía

Cope, Bill y Mary Kalantzis. "New text technologies, globalization and the future of the book", Bill Cope y Angus Phillips (ed.). *The future of the book in the digital*. Gran Bretaña, Chandos publishing, 2006, pp. 191-209.

Cruz, Rosalba y Carmen Frangano. "La nueva era del libro: cambios y permanencias", Marina Garone Gravier, Isabel Galina Russell y Laurette Godinas (coord.). *Memorias del congreso internacional Las edades del libro*, México. UNAM, Coordinación de humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Fondo de Cultura Económica, 2012.

De la Torre Villar, Ernesto. *Breve historia del libro en México*. México, UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 1999.

_____. *Elogio y defensa del libro*. México, UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 1999.

De Saussure, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. Argentina: Losada, 2007.

Delavenay, Émilie. *La Unesco y su programa por el libro*. París, Unesco, 1974.

Eco, Umberto. "De Gutenberg a internet", Miquel De Moragas (ed.). *La comunicación: De los orígenes a internet*. Barcelona, España, Gedisa, 2012, pp. 49-64.

Hall, Franía. *El negocio de la edición digital*. México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Labastida, Jaime. *El universo del español, el español del universo*. México, Academia Mexicana de la Lengua, 2014.

Panyella, Imma. "El papiro egipcio: el primer libro de la historia", *TK 17*, España, Asociación Navarra de Bibliotecarios, 2005, pp. 17-23, asnabi.datamina.net/revista-tk/revista-tk-17/34panyella.pdf (consulta 11.11.2014).

Paz, Octavio. *El arco y la lira*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Phillips, Angus. "Where is the value in publishing?", Bill Cope y Angus Phillips (ed.). *The future of the book in the digital*. Gran Bretaña, Chandos publishing, 2006, pp. 47-55.

Ribero, Ana Elisa. "Definiciones del libro: ¿qué (no) es un libro?", en Marina Garone Gravier, Isabel Galina Russell y Laurette Godinas (coord.). *Memorias del congreso internacional Las edades del libro*. México, UNAM-Coordinación de humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Fondo de Cultura Económica, 2012.

Torres Vargas, Georgina Araceli. *La biblioteca digital*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.